

bien ajeno, como en su defensa de la desigualdad y su rechazo de la ideología igualitaria.

El autor señala que una pasión tan cerebral ha sobrevivido casi intacta a las admoniciones morales, mientras que comenzaría a tambalearse con la crítica conceptual (pág. 105). Mucho nos tememos que pasarán los siglos y no habrá desaparecido una lacra tan universal.

ESTANISLAO CANTERO.

**Giuseppe Sermonti: EL CREPUSCULO DEL
CIENTIFISMO (*).**

José Sermonti, biólogo dedicado a la Genética, autor de numerosas obras dentro de su especialidad, ofrece en este libro una colección de artículos revisados para que tengan cierta unidad. La obra, escrita de forma amena y accesible, expone las críticas que, para un cultivador de ciencias experimentales, merece el desarrollo que éstas han tenido durante los últimos siglos. Dado su carácter de recopilación, no puede extrañarnos que este libro ofrezca cierto aspecto de desorganización; lo cual exige al lector un esfuerzo de síntesis para ordenar un cúmulo de observaciones, llamativas por la agudeza desde el primer momento de su lectura. De ahí que la primera tarea que me propongo, al presentar esta obra, sea resumir las doctrinas que me parecen más importantes. Estas, a mi juicio, apuntan a dos asuntos principales: la interpretación del desenvolvimiento moderno de las ciencias experimentales y la exposición de los errores y males que tal desarrollo ha producido.

En su investigación de la historia de la ciencia no pretende Sermonti hallar, a la manera de Kuhn, las leyes que rigen el desarrollo de cualquier ciencia. Su interpretación se refiere a los hechos históricos tal como se han dado, no tal como necesariamente se producen. De esta manera queda abierta la posibilidad de criticar un proceso que podía haber sido de otra manera.

La ciencia experimental estuvo primero íntimamente ligada a las necesidades más vitales del hombre y tenía la humilde pretensión de subvenir a ellas de la mejor manera posible. Así nacieron, por ejemplo, las vacunas que acabaron con el terrible azote de las epidemias.

(*) Crítica de la *Ciencia Pura y de sus Impurezas*, trad. de Graciela Francini, OIKOS, Buenos Aires, 1983.

Pero las exigencias del método experimental dieron lugar, con el tiempo, a una separación de las ciencias respecto de las necesidades vitales. De esta manera nació la pretendida diferenciación entre ciencia pura y ciencia aplicada. El método experimental exige que sólo se consideren aquellas realidades que «pueden definirse rigurosamente y repetirse fielmente». Por eso, la ciencia se desentiende de las cosas que rodean al hombre para dirigir su interés a parcelas de objetos, ajenos a la vida cotidiana, que cumplen las citadas condiciones. «El naturalista del siglo XVIII es un estudioso de todas las plantas y animales que pueden encontrarse sobre la faz de la tierra. El advenimiento de la biología experimental propone la primera selección de materiales de trabajo: el embrión de la rana, el aparato digestivo del perro o del gato, el conejillo de indias, las arvejas. El éxito de la biología está ligado a la elección del material adecuado». Por este camino se llega a la genética y a la biología molecular.

Este desenvolvimiento, a juicio de Sermonti, no es entendido por los científicos como los primeros pasos de un saber que podría extenderse a toda la realidad, en cada caso conforme al método adecuado. Al contrario, el científico recorta la realidad, dejando decididamente de lado cuanto no se somete al método experimental. A este menguamiento ha contribuido grandemente la ideología nacida de los éxitos del método experimental: el cientificismo. El desprecio que siente el científico por cuanto cae fuera de lo experimentable, azuzado por el deseo de poder que anida en el fondo de la ciencia moderna, se convierte con el cientificismo en definitiva amputación de las realidades próximas al hombre común. «Si la biología moderna no se adapta al mundo tradicional del hombre, a sus eternas preguntas, ¡que sea el hombre el que se adapte a la biología, simplificando su mundo y esquematizándose él mismo!». La ciencia que nació para servir al hombre se convierte en su despótica ama. Y la filosofía, en vez de dirigir sabiamente los esfuerzos de la ciencia experimental, la toma como modelo exclusivo de saber y justifica su parcialidad. Así el empirismo lógico echa en el cubo de los «pseudoproblemas» todas las cuestiones que no pueden resolverse científicamente.

El ingrediente último del cientificismo es la doctrina del progreso, que le da su fuerza y poderosísimo atractivo. La idea de un progreso lineal y necesario halla su justificación sólo en la ciencia, donde se da un criterio preciso de superioridad que es interno a la propia ciencia. Este criterio es la capacidad que unas teorías tienen de englobar (explicar y corregir) teorías pre-

cedentes. Verbigracia, la dinámica de Newton constituye un progreso respecto de las teorías de Kepler y Galileo.

Como es patente, toda esta concepción de Sermonti sobre el desarrollo de la ciencia en los últimos siglos no carece de matices críticos. Pero los reparos de nuestro autor se hacen mucho más explícitos a lo largo de la obra que nos ocupa. Sólo citaré los dos puntos de esta crítica que a mi entender son más interesantes.

Según el primero de ellos, la pretendida ciencia pura —la ciencia que sólo se ocupa de los objetos sometidos a las exigencias estrictas del laboratorio— al derramarse sobre el mundo y al pretender substituirlo lleva a cabo una transferencia ilegítima. Lo que en el laboratorio se muestra beneficioso, una vez empleado indiscriminadamente fuera de él puede provocar efectos desastrosos en ámbitos insospechados o en momentos lejanos. Pero, con no ser pequeño, no es este el mayor daño que produce la transferencia, pues tales consecuencias pueden luego corregirse por gracia de otros medios técnicos. Lo peor es la transferencia del espíritu científico con su afán de dominio: «La difusión conceptual de la ciencia secunda un proceso de transferencia del pensamiento del hombre (...) de las categorías morales a las categorías científicas, es decir, de categorías que implican cuestiones de conciencia a categorías de pura comprobación. Del bien al bienestar, del mal a la enfermedad, de la verdad a la probabilidad. Un proceso de falta de responsabilidad».

El segundo aspecto de mayor interés en la crítica de Sermonti es el que se refiere a la idea de progreso. La ciencia experimental, confinada en las cuatro paredes de su laboratorio, define desde su propia forma de ampliación el progreso en absoluto. Esto da lugar a la chocante situación que con gran agudeza destaca Sermonti: la finalidad de la técnica —de la ciencia aplicada— es lo que la técnica permite hacer, no lo que le pedimos que haga. Así se entiende que es un progreso mandar cohetes a la luna, cosa que si se hace es porque sabemos cómo hacerla, no porque sea una necesidad del hombre. El progreso, por esta regla de tres, es lo que la ciencia alcanza: no hay para la ciencia finalidad alguna ajena a los criterios de la ciencia misma, pues la realidad toda es aquello de lo que la ciencia experimental trata. El progreso es, por consiguiente, irreversible, pero como indica muy profundamente nuestro autor, «el progreso pierde sentido cuando cesa la posibilidad de regreso».

Indiscutiblemente, las observaciones que contiene esta obra son de enorme interés, sobre todo por la proximidad que su

autor, un científico experimental, tiene respecto de la materia que trata.

Pero Sermonti no es un filósofo, cuando menos en el sentido académico que hoy tiene esta palabra. La especialización es uno de los males que los progresos científicos han acarreado. Y nuestro autor no escapa a él, a pesar de los notables esfuerzos que hace por elevarse sobre los intereses propios de la biología o de las ciencias experimentales.

Cegado por la idea de ciencia experimental no llega a concebir más ciencia que el saber práctico y sólo se lamenta de que quiera convertirse en saber puramente teórico. «Una ciencia absolutamente pura» (es decir, sin verificaciones en la práctica), «no puede concebirse» (cap. 3, pág. 63). No se da cuenta nuestro autor que hay ciencias puramente teóricas que versan sobre lo que no puede ser de otra manera y que nunca pueden constatarse por medio de experimentos. Sólo aquello donde la intervención del hombre es posible, aquello que puede ser de otra manera, como diría Aristóteles, es objeto de las ciencias prácticas.

Por esta razón deja Sermonti en la completa obscuridad qué viene a ser destruido por la ciencia práctica cuando se convierte en ideología científicista. Es verdad que en ocasiones habla nuestro autor de la religión o de la metafísica, pero lo hace como de pasada y sin explicaciones. La pérdida que lamenta nuestro autor con insistencia es el mundo de las pequeñas cosas, el amor a lo que nos rodea, el mundo de la poesía y de la belleza natural. Lamenta también la desaparición de una brumosa moral humanitaria que dirija las acciones del científico en beneficio de lo humano. Si sólo cabe oponer al científicismo tales razones, pocas esperanzas de derrotar su espíritu nos quedan.

Esto no impide que las críticas de Sermonti sean muy certeras y que puedan adoptarse desde una perspectiva más sustanciosa que las que se translucen en la obra que comentamos.

JOSÉ MIGUEL GAMBRA.

***Pico de la Mirándola: DE LA DIGNIDAD HUMANA* (*)**.

Desde hace 25 siglos en que la filosofía griega descubrió, con Sócrates, la realidad del hombre; desde hace veinte en que

(*) Introducción, traducción y notas de L. Martínez Gómez, Editora Nacional, Biblioteca de la Literatura y el Pensamiento Universales, Madrid, 1984, 188 págs.